INTEGRANTES DEL DESTACAMENTO DE INTELIGENCIA 141 "GENERAL IRIBARREN", EN EL PERIODO 1.976—1.979

1. Coronel Bolacini, (a) "Gerente". Aproximadamente 55 años, 1,65 metros de estatura, 75 kg., cabellos ralos, soltero.

Desde principios de 1.975 fue jefe del Destacamento y, como tal, co-responsable de todos los operativos, secuestros, atentados y actos terroristas perpetrados por el comando "Libertadores de América". Permaneció en el cargo hasta fines de 1.976 y luego fue trasladado, posiblemente a Buenos Aires.

Fue sustituído por el coronel César Emilio Anadón, con quien no mantuvo relaciones cordiales.

De carácter expansivo, bebedor y mujeriego, ordenó la construcción en "Base" de un "quincho" (instalación para asar y comer carne) donde festejaba "los triunfos" de la represión.

2. Teniente coronel Hermes Rodríguez (a) "Salame" o "Subgerente". 55 años, 1,75 de estatura, delgado, con bigotes, tez trigueña, cabello canoso, de aspecto pulcro. Casado, dos hijas.

Se desempeñó como subjefe del Destacamento desde 1.975 hasta fines de 1.977; luego fue trasladado como jefe de batallón a Buenos Aires.

Muy vanidoso, competitivo y de escasa inteligencia. Era manejado por sus subordinados.

Rodríguez tenía malas relaciones con los suboficiales. En general, era despreciado por el conjunto del personal. Hacía ostentaciones de los principales operativos.

3. Coronel César Emilio Anadón. Aproximadamente 53 años, 1,85 metros de estatura, delgado, casado, dos hijos. Oriundo de Tancacha, Córdoba.

Hombre reflexivo, con importante formación general y precisas definiciones ideológicas: ferviente anticomunista y pro-fascista.

Destinado a Córdoba probablemente en 1.975, como Jefe del Batallón 141 de Comunicaciones, donde permaneció hasta principios de 1.977, año en que asumió la jefatura del Destacamento.

Realizó una reestructuración funcional tendiente a centralizar el mando y evitar las actividades independentistas. Organizó la seguridad antes y durante el campeonato mundial de fútbol de 1.978, subsede Córdoba. Por su decisión, se "confirmó la vida" a 17 prisioneros sobrevivientes.

Tuvo iniciativa para dotar de una mejor infraestructura al Destacamento, en especial en lo referente al proceso de computación y ordenamiento de la información. No torturaba habitualmente pero una vez golpeó al dirigente Yanquelevich, del Partido Comunista Argentino.

A fines de 1.978 fue designado agregado militar en la embajada argentina ante la Unión Soviética. Actualmente permanece en Moscú.

4. Capitán Héctor Pedro Vergés (a) "Vargas" o "Gastón". Aproximadamente 38 años, 1,65 de estatura, 70 kg.. Divorciado, tres hijos.

Se desempeñó en el Destacamento desde antes de 1.975, con la función específica de represión y terrorismo. Creador y dirigente principal del "Comando Libertadores de América" que perpetrara conocidos crímenes y atentados terroristas.

Hasta marzo de 1.976 operó con personal policial. En 1.975 habilitó el campo de La Ribera, dirigiendo los primeros fusilamientos y ametrallando él mismo a los prisioneros.

Se caracterizó tanto por su audacia operativa como por su frialdad y crueldad. Hombre parco en el hablar, conocedor de la psicología humana, su persona era temida por otros oficiales, quienes le consideraban un "loco". Discrecional y arbitrario en el ejercicio del poder, por simpatía personal liberó a varios secuestradores sin conocimiento ni consentimiento de sus superiores.

Vergés visitó los campos de concentración de la ESMA en Buenos Aires y otro ubicado en la provincia de Tucumán.

En 1.976 fue trasladado a Buenos Aires. En 1.977 ascendió a Mayor. En 1.978 se retiró del Ejército y se desempeñó temporalmente en el Servicio de Informaciones del Estado (SIDE), en la ciudad de Mendoza.

En 1.979 dejó el SIDE e ingresó como directivo en CONDECOR S.A., una empresa financiera de la ciudad de Córdoba, en donde ocupa el cargo de jefe del departamento de relaciones públicas.

Otra de las características de su personalidad era su voracidad por el dinero. Se distinguió por el robo sistemático de elementos de valor —joyas, cuadros, coches, etc.— en los allanamientos. Probablemente amasó así una verdadera fortuna, incrementada con el producido de secuestros extorsivos realizados por él. Se sabe que secuestró a un empresario en Buenos Aires y pidió una importante suma como rescate por su liberación. También percibió un rescate por la liberación de una prisionera de La Perla, Ana de Contepomi. Está vinculado al capitán Barreiro por intereses económicos comunes.

Se dedica al hipismo, deporte que practica habitualmente. Hace poco tiempo, su fotografía —montando a caballo— apareció en diversos periódicos de la ciudad de Córdoba, junto con su curriculum personal.

5. Mayor Von Diedrich (a) "León". Aproximadamente 38 años, 1,80 de estatura, 90 kg., tez morena, cabello oscuro, nacido en Buenos Aires.

Inteligente, ambicioso, ideológicamente fascista, realizaba trabajo político entre la oficialidad y los suboficiales del Ejército, en vinculación al grupo cívico-militar que dirige el general (retirado) Acdel Vilas. Partidario de un endurecimiento de la dictadura, Von Diedrich hacía profesión de fe "nacionalista", era crítico de la conducción del proceso por los generales Videla y Viola y proponía, como alternativa, un sistema corporativista, basado en una disciplina social que subordinara a los trabajadores y demás sectores populares.

Von Diedrich contaba con la colaboración del capitán Barreiro, quién lo secundaba políticamente y lo admiraba personalmente.

Su grupo político en el Destacamento, además del capitán Barreiro, estaba integrado por los sargentos Hugo Herrera y Luis Manzanelli y el civil Roberto Ludueña.

Posiblemente, el Mayor Von Diedrich formaba parte de la dirección política del grupo del general Vilas, que pretende identificar al peronismo con la ultraderecha. Según comentarios escuchados por algunos prisioneros liberados, participan de ese grupo muchos oficiales del Ejército, algunos de ellos de cierto rango.

A través del capitán Barreiro, el mayor Von Diedrich mantenía contactos en Córdoba con Julio Antún, dirigente de una tendencia derechista del peronismo, vinculada en su tiempo con el sector de José López Rega.

Para el mayor Von Diedrich el aniquilamiento de los sectores populares era una tarea fundamental. En función de esa idea central fue implacable con los prisioneros.

En 1.975 ya revistaba en el Destacamento. Fue el responsable de la elaboración de la lista de personas a reprimir —mediante detenciones reconocidas o no— a partir de marzo de 1.976, en todo el ámbito del III Cuerpo, que tiene jurisdicción sobre un 50 por ciento, aproximadamente, del territorio nacional.

En 1.975 participó en operativos de secuestros y en enfrentamientos simulados para eliminar activistas, tales por ejemplo en el asesinato de Susana Luna, militante del P.R.T., en las cercanías del Hipódromo de Córdoba, y en el secuestro y desaparición de la señora de Mukarzen.

En 1.976 fue designado responsable de la 1ª Sección (política). En 1.977 fue trasladado a Buenos Aires. Cursó el primer año de la Escuela Superior de Guerra pero no aprobó. Esta decisión tendría origen político y no estrictamente profesional.

6. Capitán Ernesto Guillermo Barreiro (a) "Rubio" o "Gringo" o "Capitán Hernández" o "Nabo". Nacido en Buenos Aires, 33 años, 1,70 de estatura, 90 kg., tez blanca, cabello rubio. Proviene de una familia de clase media. Su madre, viuda, influyó en su formación, impartiéndole una educación política "nazi". Su padre habría sido oficial de la Marina. Casado con una hija del coronel Maggi, cuatro hijos, hasta 1.977 se domiciliaba en la Avenida Ricchieri, frente mismo del Destacamento.

Probablemente en 1.975 realizó el curso de inteligencia. A comienzos de 1.976 su destino fue el Destacamento, "OP3", La Perla.

Hasta mediados de 1.977 fue jefe de interrogadores. Represor convencido, se identificaba con el "peronismo" de derecha y con el grupo político del general Vilas. Solía viajar a Buenos Aires para participar en reuniones político-militares que se realizaban en una casa en San Isidro, suburbio elegante de la capital argentina.

Tras el paso del Mayor Von Diedrich a Buenos Aires ocupó el cargo de jefe de la 1ª Sección (política).

Su ascenso fue demorado por razones disciplinarias, como resultado de un incidente que tuvo con el general Rivero.

Reemplazó al Mayor Von Diedrich en el trabajo político interno sobre el personal del Destacamento y en otras unidades. Incidió ideológicamente en las decisiones que se tomaron en otras secciones del Destacamento, ganándose la reputación de "maquiavélico".

Dueño de una personalidad dominante, agudizaba contradicciones entre sus subordinados y prisioneros en beneficio propio. Procuraba influír anímicamente en los detenidos para degradarlos y hacerlos conscientes de su degradación.

Astuto, bastante eficiente, adolecía empero de un comportamiento arrogante, vanidoso y autosuficiente que le acarreaba malas relaciones con sus subordinados y pares.

En 1.978 ascendió a Capitán y ese mismo año —utilizando su relación personal con el Dr. Juárez Dover, dirigente político derechista y alto empresario de Córdoba— realizó un viaje a Londres para intentar conectarse con Organismos Internacionales.

En los últimos tiempos propiciaba un golpe militar de ultraderecha, oponiéndose a la conducción del Ejército y de la Junta. Tiene un odio consciente al pueblo y a los partidos y grupos de izquierda. Profesa un profundo racismo antisemita.

Es responsable de numerosos asesinatos, secuestros y torturas.

7. Capitán José Carlos González (a) "Juan" o "Monseñor" o "Juan XXIII" o "Ingeniero Quiroga". Su edad oscila entre los 35 y 36 años, 1,75 de estatura, delgado, tez blanca, cabello oscuro, ojos castaños, con bigotes, mejillas sonrosadas. Nació en Paraná, Entre Ríos. Su padre era suboficial del Ejército y falleció en 1.977.

De inteligencia mediocre y personalidad pusilánime se recubría de un cinismo tonto e ingenuo para hablar con los prisioneros. Proviene de una familia pequeño burguesa, de escasos recursos, profundamente católica. Desde temprana edad militó en organizaciones integristas de esa religión. Cursó sus estudios militares en la misma promoción que el capitán Acosta.

Católico ferviente, su "director espiritual" era el pro-vicario castrense, monseñor Victorio Bonamín, conocido por sus posiciones ultraderechistas.

Se desempeñó en diversos puntos del país y en 1.975 llegó a Córdoba. Integró el comando terrorista "Libertadores de América" y fue uno de los primeros oficiales con destino en La Perla.

En 1.976, al ser trasladado el Capitán Vergés, pasó a formar parte del comando de "operaciones especiales" como segundo jefe y, en algunas oportunidades, como primero, sustituyendo al Capitán Acosta.

En octubre o noviembre de 1.976, en un enfrentamiento con militantes montoneros resultó herido en la zona lumbar. Se comentaba que su actitud en el combate fue cobarde. Pese a ello, el 29 de mayo de 1.977 fue condecorado con una medalla. También se le otorgó una licencia por salud, que pasó en la Rioja, donde visitó en varias oportunidades la cárcel, interrogando a varios detenidos.

González es profundamente anticomunista y defensor ferviente del sistema que él suele denominar "occidental y cristiano". Se reconocía como "un soldadito protector de los privilegios y propiedades" de la oligarquía.

Insistía en discutir con los prisioneros temas ideológicos y simulaba ser sensible a los razonamientos que controvertían sus posiciones. Solía decir: "Yo los reconozco (a los prisioneros) como gente inteligente, muy valiosa, pero . . . esta es una guerra santa y es justo que los destruyamos porque ustedes vienen a alterar el orden natural, que es el orden que Dios confió a los hombres para su organización social".

También se caracterizaba por su irresponsabilidad en el desempeño de sus funciones, signada por una conducta extremista, en uno o en otro sentido.

8. Capitán José Tófalo (a) "Favaloro". 37 años, 1,70 de estatura, 75 kg., rubio, incipiente calvicie, cabellos ondulados y engominados, nariz prominente, muy hablador, poco inteligente. Tiene temor constante ante la muerte y carece de capacidad de mando. Casado, dos hijas. Oriundo de Buenos Aires y propietario de dos departamentos.

Llegó a Córdoba a comienzos de 1.977 con el grado de teniente 1º. Se desempeñó en el sector logístico hasta mediados de año. Luego pasó a La Perla, pero su desempeño fue ineficaz por lo que a comienzos de 1.978 regresó a logística.

Carecía de influencias en el Destacamento; sólo en logística era eficaz por su prolijidad y detallismo. Sus compañeros lo calificaban de cobarde, sobre todo a partir de su paso por La Perla. Su reintegro a "Base" le demostró que era menospreciado por el resto de la oficialidad. Gestionó su traslado a Buenos Aires que se verificó en 1.979.

9. Capitán Cecci (a) "Pelado" o "Villegas". 36 años, 1,75 de estatura, 90 kg., calvo, tez blanca, ojos claros, rubio. Casado, tres hijos.

Muy conservador, se autovalora como hombre intrigante o interesante, siendo realmente burdo y torpe. Muy vanidoso. Es totalmente irreflexivo: primero actúa y luego piensa. Es mal organizador. Tiene métodos individualistas y caóticos.

Es un maníaco narrador de sus presuntas relaciones con jóvenes. Solía exhibir fotografías de mujeres desnudas. Con las prisioneras tenía una actitud morbosa y acostumbraba exhibirles libros sobre temas sexuales.

Oriundo de Buenos Aires. Su padre es teniente coronel y se desempeñó también en el servicio de inteligencia.

Ingresó en 1.977 al Destacamento y se desempeñó como segundo jefe en La Perla. Tenía malas relaciones con los otros oficiales.

Por su incompetencia fue trasladado a Logística. En 1.978 pasó a la 2ª Sección (Grupo Calle) e intervino en las medidas de seguridad del Campeonato Mundial de Fútbol. Aparentemente, sigue hoy en el Destacamento.

10. Capitán Jorge Ezequiel Acosta (a) "Rulo". Nacido en Río IV, Córdoba. 36 años, 1,70 de estatura, 80 kg. Hijo de una familia de clase media. Bien parecido. Cabello castaño, largo y ondulado hasta los hombros (licencia permitida por sus funciones en el Destacamento).

Siendo subteniente participó en la represión del "Cordobazo". Se jactaba de los asesinatos que cometió él y su tropa durante ese tiempo, en el Barrio Clínicas. También actuó como represor en la provincia de Catamarca, donde fueron fusilados dieciséis guerrilleros del E.R.P.

Realizó el curso de inteligencia conjuntamente con los capitanes Barreiro y González.

Su característica personal más acentuada era el aventurismo y la indisciplina. Para él la represión era una "cacería" y La Perla su coto de caza.

Durante 1.976 fue jefe del campo y en la práctica, dirigía también el grupo operativo.

Desafiaba la imagen militar: desaliñado, insubordinado, largos cabellos (usaba en los operativos una vincha).

Para demostrar su "machismo" degolló a un prisionero apodado "Joe". Tenía una vida desordenada, pésimas relaciones familiares y permanecía la mayor parte del tiempo en La Perla, que "es mi casa", según decía.

Acosta tuvo activa participación en los robos y saqueos.

El poder acumulado durante el primer período por los oficiales de inteligencia era tan grande que robaban impunemente en negocios públicos a cara descubierta, exhibiendo armas y diciendo "el dinero es ésto" cuando los comerciantes le reclamaban el pago.

Además de robar en comercios minoristas, el Capitán Acosta participó con el Capitán Vergés en el rescate millonario por la liberación de Ana, la mujer del prisionero-colaborador Contepomi.

Por insubordinación y robo de una lancha, el Capitán Acosta fue arrestado durante un mes por orden del General Centeno, en 1.977. Inmediatamente pasó a las tareas represivas en Buenos Aires.

En 1.979 inició el curso en la Escuela Superior de Guerra pero no pudo concluírlo al herirse gravemente en un salto en paracaídas.

Su ideología política explicitada parecía encontrar en el campo de La Perla un medio enfermizo que le permitía vivir de acuerdo con sus impulsos.

11. Suboficial Hugo Herrera (a) "Ferrero" o "Tarta". 38 años, 1,80 de estatura, 90 kg. Moreno, muy vital, tartamudo. Inteligencia mediocre, pero complementada con su tesón personal. Muy ambicioso, individualista y egoísta. En general no era apreciado ni por sus pares ni por la oficialidad, a excepción del Capitán Barreiro, que cultivaba su amistad por razones políticas.

Casado, tres hijos. Mantenía con su esposa una pésima relación. Provenía de un hogar muy humilde de Río IV.

Aprovechaba su tiempo libre para trabajar como policía en empresas y fábricas. En 1.974 ya estaba destinado en el Destacamento.

Hasta 1.977 estuvo en La Perla, donde se destacó por su crueldad. Luego fue trasladado al grupo "Calle" por problemas con sus camaradas, donde ejerció funciones de segundo jefe.

Estaba particularmente vinculado al Departamento de Personal de la Fiat, que posee fábricas en la ciudad de Córdoba, donde en años anteriores se desarrollaron tendencias combativas del sindicalismo.

Era un eficaz investigador. Políticamente se definía como "peronista nacionalista". Era profundamente antimarxista y estaba muy vinculado al Capitán Von Diedrich participando en su grupo político, de clara definición ultraderechista.

Herrera tenía vínculos estrechos con sindicalistas "peronistas" también derechistas, como Alejo Simó, Mauricio Labat y Bárcena.

Tenía voracidad por el dinero y, en general, despreciaba la mala opinión que tenían sobre él. Poseía dinero invertido en usura y terreno en Argüello, un suburbio cordobés donde pensaba construir su casa.

Cruel con los prisioneros, era libidinoso en el trato con las detenidas. Tenía un desinterés

total por la salud y la vida de los secuestrados. Un cuñado suyo, Daniel Righetti, de 22 o 23 años, perteneció también al Destacamento.

Murió en un enfrentamiento con el montonero "negro Lito".

12. Sargento Elpidio Rosario Tejeda (a) "Tejas" o "Texas". 33 años, 1,75 de estatura, fuerte contextura, tez morena, cabellos negros. Muerto en un allanamiento a un local político en septiembre de 1.976.

Tejeda marcó una época en La Perla. Pese a ser suboficial, tenía igual o mayor ascendiente que los capitanes Barreiro o Acosta.

Era un torturador profesional, que había asistido a un curso de especialización en tareas de contrainsurgencia dictado por el Ejército de EE.UU. en la zona del Canal de Panamá.

Su ideología era la represión y el robo. Utilizaba los operativos para enriquecerce con el botín proveniente del saqueo.

Torturaba con toda clase de instrumentos por ejemplo, con un palo, un sifón.

No cesaba de gritar mientras torturaba, montando una verdadera escena teatral. Saltaba sobre el cuerpo de los prisioneros y pegaba rápidamente, convirtiéndose en una verdadera avalancha que impedía al torturado pensar, aterrorizándolo.

Muy individualista, los datos que obtenía en los tormentos no los trasmitía a los otros miembros del Destacamento. Era una guerra personal que libraba,y eran "sus" casos y "sus" detenidos. Ese individualismo determinó que al morir él, sus mandos ignoraban una serie de informaciones.

Especialmente sádico, denominaba a los prisioneros como "los muertos que caminan". Por ejemplo, le pedía al guardia: "Traigame el muerto que camina No 252".

Su muerte significó un gran alivio para los secuestrados. Ningún otro miembro del Destacamento tenía la capacidad de tortura de Tejada: él sabía los límites de la resistencia humana y nunca los traspasaba, para volver a interrogar al prisionero.

También su muerte repercutió entre los militares, produciendo miedo, pues no estaban acostumbrados a correr riesgos. Tejeda era una persona casi mítica para ellos y ante su muerte, todos temieron por su propia vida.

13. Sargento ayudante Luis Manzanelli (a) "Luis" o "El hombre del violín". 37 años, 1,70 de estatura, delgado, tenía el cuello torcido (de allí su segundo apodo). Sereno, voz pausada y aspecto señorial, muy vanidoso. Envidiaba a los oficiales por su jerarquía, pero se sentía superior a ellos por su inteligencia.

Aficionado al estudio de la historia argentina, mostraba en general un nivel cultural superior al de otros suboficiales. Era reputado como capaz y eficiente en sus funciones.

Casado, tres hijos, provenía de una familia humilde de barrio Alberdi, Córdoba. En 1.974 fue destinado a su ciudad. Hasta 1.978 se desempeñó en el grupo que realizaba operativos oficiales. Participó en centenares de allanamientos, secuestros, torturas y asesinatos.

En 1.977 mantuvo una relación bastante cercana a un grupo de prisioneros. Por esa razón fue trasladado al "Grupo Calle". Actualmente continúa desempeñándose en "Base".

Inescrupuloso, cruel y cínico, cometió tropelías ilimitadas en la tortura. Asesinó atormentándolas a las prisioneras María de Roarte y a la esposa de un militante del P.R.T. Lole Vergara. Muy competitivo, acumulaba datos para su propia utilización. Se definía políticamente como "peronista" aunque sus ideas tenían una inocultable raíz ultraderechista.

14. Suboficial mayor Alberto Vega (a) "Vergara" o "El tío". 48 años, 1,68 de estatura, grueso, semicalvo. Absolutamente incompetente, su paso por la Perla fomentó la indisciplina y el descontrol. Sin ninguna capacidad política, era desbordado por subalternos más jóvenes.

Vega estudiaba Derecho, lo que le provocaba contradicciones entre sus vaguísimas nociones sobre la ley y su condición de corresponsable en un campo de concentración.

Su tarea parecía ser ordenar y cambiar de contínuo la ubicación del mobiliario. Suplantaba su incapacidad moral por una manía de orden exterior y por la limpieza.

Libidinoso, incorporó a prisioneras jóvenes a tareas auxiliares en las oficinas. Manifestaba permanentemente sus obsesiones sexuales.

15. José López (a) "Chubi", civil adscripto. 25 años, 1,90 de estatura, 100 kg., tez morena, cabello negro, cabeza grande, rostro picado de viruela, aspecto brutal. Oriundo de Córdoba, vive con su familia en Alta Córdoba. Muy católico, se definía como "peronista" de derecha. Pertenecía al grupo de Jorge Romero y Jorge Pereyra.

Estuvo en La Perla durante 1.976. En 1.977 realizó un curso de inteligencia de seis meses en Buenos Aires. Posteriormente permaneció en la 1ª Sección y desde 1.978 en adelante, en el "Grupo Calle".

En La Perla tuvo un comportamiento sádico. Poco inteligente, pese a su brutalidad no sabía interrogar. Carecía de estudios, como casi todos los civiles adscriptos. Su capacidad personal era insuficiente para realizar algún trabajo normal. Por tanto, su pertenencia al Destacamento significaba para él el medio de subsistencia.

Desde 1.975 se integró al comando terrorista "Libertadores de América". Fue él quien asesinó al militante, Jorge Omar Cazorla, de la J.U.P. en junio de 1.976. Convivía en La Perla con una prisionera colaboradora.

16. Jorge Romero (a) "Palito", civil adscripto. 26 años, 1,80 de estatura, 70 kg.. Delgado, tez blanca, cabello oscuro. Oriundo de Córdoba, de origen humilde.

Desde 1.976 estaba en La Perla. Totalmente enloquecido por el poder y el sadismo. Cuando torturaba, llevaba hasta la sala a los prisioneros tirando de una soga que les ponía al cuello y obligándolos a caminar en "cuatro patas".

En 1.977 hizo un curso de inteligencia en Buenos Aires. En 1.978 fue destinado al "Grupo Calle" y encargado de las relaciones con la policía.

Decía que "no aguantaba la vida fuera de La Perla", que no había nacido "para oficinista; yo soy un hombre de acción".

Convivía en La Perla con una prisionera colaboradora.

18. Ricardo Luján (a) "Yanqui", civil adscripto. 40 años, 1,67 de estatura, tez morena, cabello negro, aspecto indígena, patizambo. De característica lumpen. Casado, varios hijos. Cordobés. Apenas sabía leer y escribir. Inteligencia mediocre.

En 1.976 se ocupaba del arreglo de los automóviles de La Perla. No tenía escrúpulos en torturar brutalmente. Se jactaba de haber participado en el asesinato de Osatinsky.

19. Jorge Pereyra (a) "Negro", civil adscripto. Hijo de una famosa torturadora de la policía cordobesa, apodada "La tía", 1,80 de estatura, delgado, tez morena, cabellos negros, rostro bestial, usaba barba. Aproximadamente, 25 años.

Segundón del Capitán Vergés, participó en todos los actos terroristas desde 1.975 en adelante. En junio de 1.976 realizó un curso de inteligencia en Buenos Aires y fue designado en funciones allí. Pese a ello, solía visitar asiduamente La Perla. Amenazaba constantemente con fusilar a todos los prisioneros en la cuadra.

Era un verdadero mercenario, dispuesto a cualquier cosa por el dinero. Como Romero, decía que la "inactividad me mata" y que necesitaba de "la guerra para seguir viviendo". Torturador sádico.

20. Ricardo Lardone (a) "Fogo". Civil adscripto. 35 años, 1,80 de estatura, 78 kg., tez blanca, cabello castaño claro, oriundo de San Agustín, Córdoba.

Estudiante frustrado de medicina, ingresó como fotógrafo en la Casa de Gobierno y luego pasó a Inteligencia. En 1.976 fue destinado a La Perla siendo miembro del grupo operativo.

Débil de carácter, sin ideología operante, se definía como radical. No tenía las características del torturador. Fundamentalmente, se ocupaba del mantenimiento de los automóviles.

Casado, con varios hijos. En 1.978 pasó al "Grupo Calle".

21. "El Cura", suboficial retirado. 1,70 de estatura, 80 kg., tez oscura, cabello negro, 50 años de edad.

Cínico, se reía tanto de los prisioneros como del Ejército. Decía que todo era una porquería y que estaba allí sólo por el dinero. No quería torturar. En septiembre de 1.976 pidió su pase al "Grupo Calle" por las contradicciones que le acarreaba su negativa.

Se definía como amoral y cuando los oficiales recriminaban a los subalternos por "raterías", decía que los principales ladrones eran ellos. Se reía de la pretendida "moral" e "ideología" de la oficialidad joven. Los caracterizaba como ambiciosos, enloquecidos por el poder. En cuanto a él mismo, afirmaba ser un mercenario.

22. Comandante de Gendarmería Quijano (a) "Angel". 1,70 de estatura, muy delgado, rostro esquelético, siempre sonriente, de allí su apodo. Participaba en todos los operativos con el propósito exclusivo de robar.

Tenía afición por los animales, sobre todo los domésticos. En un allanamiento recibió una esquirla de granada y pese a ser despreciado por todos, fué condecorado públicamente.

23. Servicios

Se desempeñaban en "Finanzas".

— Astudillo (a) "Tío Patilludo". Civil, 42 años, 1,80 de estatura, tez trigueña, casado, con hijos. Severo, individualista, de pocas palabras, muy desconfiado. Trabajaba en "Base" desde varios años atrás como responsable del servicio.

— De la Fuente. Civil, 39 años, 1,80 estatura, 90 kg., tez morena, con bigote. Casado, con hijos. Trabaja desde hace muchos años en el Ejército y se desempeñó anteriormente en varias zonas: Buenos Aires, Zapala, San Martín de los Andes, etc.. Desde 1.974 se encuentra en Córdoba. Es dependiente de "Finanzas".

—Bazán, alias "Negro". Policía retirado. 48 años. 1,65 de estatura, 75 kg., morocho, usa anteojos oscuros permanentes. Casado. Malhumorado y hosco. Solitario y muy individualista.

Se desempeñó en la policía cordobesa y al retirarse pasó a desempeñarse como personal civil del Ejército. Hasta mediados de 1.977 en "finanzas". Desde junio de ese año fue designado responsable de archivos.

—Suboficial principal Barrera. 45 años. 1,60, 70 kg., rengo, calvo, tez morena. Casado, dos hijos. Nacido en La Calera, donde vive. Se desempeña en el Destacamento desde hace varios años, después de sufrir un accidente en el cual quedó rengo. Hasta 1.977 estuvo como responsable de la jefatura interna de "Base". Fue asistente en 1.976 del coronel Bolacini. Al año siguiente pasó a "Finanzas", donde se desempeñó hasta 1.978.

Se desempeñaban, entre otros, en el servicio de radio:

—Yañez, alias "Koyak" o "Pelado". Civil. 48 años, 1,70, 95 kg.. Casado, tres hijos. Uno de ellos, de 24 años, apodado "Pepe", también trabaja en el Destacamento. Nacido en Córdoba. Vivía en Barrio Yofre. Hombre débil, era ridiculizado por todos: desde los oficiales hasta el jardinero. Obseso conversador sobre temas sexuales. En sus horas libres reparaba radios y televisores.

Tenía una relación morbosa con algunas prisioneras, a las que solía regalar ropas y golosinas. De joven estuvo "enganchado" en la Marina de Guerra como radio-operador. Vivió mucho tiempo en el sur del país. Luego se retiró. Muchas veces participó en operaciones represivas, incluso en algunas de tipo especial.

— Turco. Civil. 38 años. 1,80, 90 kg.. Casado, dos hijos. Vivía en Barrio Yofre Norte. De origen familiar árabe, nacido en Buenos Aires. Entusiasta del folklore argentino, fue integrante de un conjunto en Buenos Aires.

Fue durante varios años radio-operador del Ejército, en distintos destinos. Arribó a Córdoba en 1.975/76, designado en el Destacamento. Probablemente siga cumpliendo actualmente servicio en el mismo lugar.

COLABORADORES E INFORMANTES DEL DESTACAMENTO 141 DE INTELIGENCIA

—Riera (a) "El loco". Dirigente de J.U.P. hasta 1.973. Ingresó a J.P. Lealtad y hacia 1.975 ya actuaba como dirigente de grupos estudiantiles de tendencia derechista. Sus declaraciones voluntarias motivaron el secuestro y asesinato de muchas de las 17 personas masacradas en enero y febrero de 1.976, en Córdoba.

Actualmente es informante del Destacamento.

—Trillo. Abogado de 29 años de edad. En 1.973 perteneció al Frente Estudiantil Nacional (F.E.N.), integrándose en 1.974 a grupos peronistas de derecha. Vinculado estrechamente a Riera, actualmente es informante del Destacamento.

—Sindicalistas. El secretario general de la Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina (A.T.S.A.) de apellido Sánchez. Fue a La Perla en 1.977 o 1.978 a identificar detenidas de su sindicato. Informaba al Destacamento de cualquier "elemento conflictivo" en su gremio, sobre la tarea de activistas, etc..

También eran informantes habituales del Ejército los dirigentes sindicales Alejo Simó, de la Unión Obrera Metalúrgica; Emilio Núñez, ex-secretario del gremio de Lecheros; Bárcena, del sindicato de Molineros y Mauricio Labat, ex-secretario del sindicato de Taxistas, todos estos peronistas de derecha.

—Universidad. El secretario académico del rectorado de la Universidad Nacional de Córdoba, de apellido Pit, tenía estrecha relación con el Capitán González. También el decano de la Universidad Tecnológica Nacional.

El Dr. Rizzo, de la Facultad de Derecho, tenía vinculación permanente con el Capitán Barreiro.

El bedel de Ciencias de la Información, quien antes del golpe de estado fué retenido en el local de la facultad durante una asamblea de elementos derechistas, enviaba al Destacamento las fichas personales completas de todos los militantes de izquierda de su facultad con el curriculum manuscrito por él y con indicaciones tales como "a éste hay que matarlo", etc.

—Políticos. El Capitán Barreiro mantenía vinculación política y personal con el Dr. Juárez Dover, ex-candidato a gobernador de Córdoba por el partido derechista Nueva Fuerza en los comicios de 1.973. También el Capitán González estaba vinculado con él.

El Capitán Barreiro, además, mantenía contactos habituales y permanentes con el dirigente "peronista" Julio Antún, de tendencia derechista.

EL INGRESO A LA PERLA

El campo de concentración de La Perla alojaba a personas detenidas ilegalmente por personal operativo del Destacamento 141 de Inteligencia "General Iribarren", dependiente en forma orgánica del comando del III Cuerpo de Ejército.

Esas detenciones ilegales se concretaban en secuestros, muchos de ellos realizados en la misma vía pública, con utilización de armas de guerra de todo tipo y con total impunidad.

El personal operativo, además, evidenciaba una actitud agresiva, intimidatoria para cualquier testigo eventual.

Los secuestradores se desplazaban en vehículos automotores de diferentes características, pero todos con apariencia civil. Solían usar coches, furgonetas comerciales, grúas, ambulancias, etc..

Todos estos vehículos eran robados. Luego de un tiempo, y utilizando el "derecho" al saqueo, eran comercializados en otras partes del país, previa falsificación de su documentación.

Estos delitos eran conocidos por el alto mando militar, como consta en la investigación policial realizada a mediados de 1.976 en la provincia de La Rioja, donde un hermano del Capitán Vega Aciar, oficial él mismo de la policía riojana, fue separado de su cargo por participar en la comercialización de los vehículos robados.

Pese a las comprobaciones realizadas en esa investigación, el policía Vega Aciar no cumplió ningún arresto. El caso se cerró por intervención directa del General Benjamín Menéndez, comandante del III Cuerpo en esa época.

Los secuestradores eran trasladados habitualmente en el baúl del coche hasta el campo de La Perla, distante 14 kilómetros de la ciudad de Córdoba. A su llegada eran vendados y esposados y luego identificados. Inmediatamente, se los sometía a tortura, especialmente mediante la aplicación de golpes de picana eléctrica en las partes más sensibles del cuerpo. En forma simultánea con la tortura —y esa táctica fue constante entre 1.976 y 1.978— se intentaba quebrar la moral del prisionero con la participación de prisioneros-colaboradores que intervenían para demostrar la inutilidad de toda resistencia.

Esa intervención resultaba en algunos casos particularmente eficaz por la información reservada que manejaban los torturadores, evidentemente proporcionada y procesada por los colaboradores.

Luego de la primera sesión de tortura y cuando la víctima daba muestras de llegar al límite de sus fuerzas, se interrumpía el tormento y se procedía a una tarea de "ablandamiento psicológico".

El prisionero era conducido a una oficina, donde se le tomaba el "previo" (denominación que tenía la confección de una ficha indivicual con sus datos de filiación y personales). Con la elaboración del "previo" se abría una carpeta. Cada prisionero tenía una, caratulada a su nombre y apellido, donde constaba sus apodos, el nombre de la organización política a

la que pertenecía y el número de ingreso al campo. De allí en más, en la inmensa mayoría de los casos, ese número sería la única identificación del prisionero.

En los primeros días de cautiverio, los prisioneros eran sometidos a interrogatorios de "ablande", entrevistas con colaboradores y nuevos tormentos.

A veces, los interrogatorios eran simultáneos a distintos prisioneros, aunque en diferentes ámbitos, lo que determinaba que si no se sufría directamente el tormento se padecía con los gritos de otras víctimas.

Era habitual perder la noción del tiempo transcurrido.

Además, el movimiento era inusitado. En La Perla, sobre todo durante 1.976 y hasta mediados de 1.977, solía haber tanta actividad a las tres de la tarde como en plena madrugada.

El acoso al prisionero sólo cesaba cuando los torturadores arrancaban alguna información o cuando el tormento ponía en peligro la vida del secuestrado que por su comportamiento se suponía era una importante fuente de información potencial.

En cualquiera de los dos casos, los prisioneros eran conducidos entonces a la cuadra, un galpón con capacidad para alojar, en condiciones muy precarias, hasta 70 prisioneros.

Todos los cautivos estaban vendados y en el período de interrogatorio la incomunicación era total. Cualquier violación a esa regla, por pequeña que fuera, determinaba un castigo físico por parte de la guardia.

Varios interrogadores se decían "peronistas". Esta definición no les impedía ser los más activos represores de toda tendencia combativa o revolucionaria del peronismo con los que ellos consideraban "peronistas de izquierda" —pertenecieran o no a organizaciones armadas— su ferocidad no tenía límites.

Una prisionera, militante de la JUP, ferozmente castigada por el Capitán Vergés por definirse ideológicamente como "peronista". Esta es su versión:
"Vergés se enfureció y me castigó duramente. Gritaba al mismo tiempo: "Sos una roja infiltrada. Perón los echó de Plaza de Mayo". Cada vez que yo decía "peronista" o "peronismo" me pegaba con fuerza en la cara, mientras insistía en que me calificara de esa manera, lo que producía una reiteración del castigo. Sólo cuando quedé exhausta —tenía un diente roto y sangraba por la boca— se detuvo. "Así vas a aprender a no ensuciar el peronismo con tu boca", dijo Vergés".

La tortura, o la expectativa de ser nuevamente torturado, no concluía para los prisioneros con el hecho de proporcionar información, ni siquiera con los intentos de suicidio fallidos, que eran especialmente controlados y reprimidos.

Se trataba de minar la capacidad de resistencia de los prisioneros. Uno de los guardias, por ejemplo, fue escuchado por un sobreviviente cuando afirmó a un prisionero, suicida frustrado: "Aquí dentro nadie es dueño de su vida ni de su muerte. No podrás morirte porque quieras. Vas a vivir todo el tiempo que se nos ocurra. Aquí dentro somos Dios".

En este mundo infernal, muchos prisioneros comienzan a padecer un estado anímico que los lleva a una desesperación absoluta. La venda sobre los ojos se transforma en obsesión permanente. La situación psíquica de indefensión es total.

Los ojos vendados es una experiencia terrible. Sobre todo en los primeros tiempos —explicaron los entrevistados— es insoportable. El mero hecho de no poder ver va corroyendo la moral del prisionero, disminuyendo su resistencia.

El aislamiento psíquico es absoluto. Y la conciencia de que el paso del tiempo favorece al interrogador, se transforma en un elemento altamente negativo. "Aquí dentro —advertían a los prisioneros los oficiales del Destacamento— el tiempo no existe. Nosotros no tenemos apuro".

La desesperación de muchos prisioneros era una presión constante: ellos estaban en un mundo irreal pero tangible donde se escuchan simultáneamente los gritos de los torturados, los ruidos que producen los palos al golpear la carne de los prisioneros, las risas de los guardianes que actúan como si fueran meras oficinas de una repartición. Y también las risas de algunos prisioneros, sobre todo de aquéllos que estaban hace tiempo y a quienes ya se les permitía hablar.

Porque pese a todo, la vida fluye aún en un campo de concentración y a las dos semanas de haber ingresado —que es cuando, aproximadamente, en algunos casos, finaliza la incomunicación— surge la broma, que no es otra cosa que la búsqueda inconciente del cautivo por recuperar su humanidad destrozada por la tortura, la delación.

Muchos prisioneros cedieron frente a este proceso denigrante y conciente de animalización, en el cual concluían el aislamiento que proporcionaba la venda, la información obtenida por la delación, el sufrimiento de la tortura. Pero otros muchos, aún en esas condiciones, no cedieron. Murieron sin hablar, sin humillarse, luchando, resistiendo hasta el último momento, en un ejemplo de dignidad sin par, demostrando su superioridad moral.

LA VIDA EN LA CUADRA

Es difícil para los prisioneros liberados que declararon ante la CADHU efectuar precisiones sobre la vida cotidiana en el campo de La Perla. Privan en sus relatos el peso de sus impresiones subjetivas, a veces intransferibles.

Para ellos, La Perla fue "un submundo demasiado alejado de la vida donde todo se distorsiona", según precisión de una ex-prisionera.

Ningún prisionero sabía realmente —en los primeros tiempos— donde se encontraba. El sentido elemental de la distancia también se alteraba por la venda sobre los ojos. Para cualquier persona una distancia de tres metros es insignificante. Para los presos ilegales —sus ojos cubiertos, en silencio permanente sólo roto por los gritos de los torturados— casi siempre acostados o sentados en sus colchonetas rellenas con paja, esa medida era un mundo: casi nadie sabía quién estaba al lado suyo. Y si lo sabía, desconocía quién estaba al lado de su compañero inmediato.

En un recinto de 40 metros de largo y 15 metros de ancho vivían 70 personas, casi siempre postrados.

No había más posibilidad de contacto para los prisioneros que con los oficiales de Inteligencia. Sólo con ellos podían hablar.

La vida cotidiana en ese submundo infernal tenía horarios precisos.

Todos los días a las 7 de la mañana se despertaba a los prisioneros que, cegados por las vendas, debían enrollar sus colchonetas, antes de ser conducidos a los baños.

En el interín, un grupo de prisioneros realizaba la limpieza de la cuadra. Mientras ello ocurría, la guardia ordenaba a los detenidos formar en "trencito" (tomados unos detrás de otros por los hombros) en grupos de 20, todos vendados. Cada grupo era dirigido por un gendarme que conducía al primer prisionero llevándolo de la mano.

El "trencito" caminaba tambaleándose, inseguro. A veces, mediante subterfugios, los obligaban a adoptar posiciones ridículas, imponiéndoles agacharse por la presunta existencia de obstáculos insalvables. Era particularmente humillante para los prisioneros escuchar las carcajadas de los guardias cuando los hacían adoptar esas posiciones extravagantes.

Los prisioneros pasaban la mayor parte del tiempo en sus colchonetas, en el interior de la cuadra, sentados o acostados, siempre con las vendas sobre los ojos. Sólo tenían posibilidad de caminar cuando eran llevados al baño.

Durante la época invernal, el frío era realmente insoportable. Sobre todo porque los prisioneros estaban mal abrigados.

Un grupo de prisioneras tenía a su cargo las tareas de limpieza interna de la cuadra y la distribución de la comida.

Entre los prisioneros, la desconfianza era la ley. Nadie confiaba en nadie y se temía la posibilidad de la delación.

A mediados de 1.976, no había una política de preservación de los prisioneros heridos durante el secuestro. En ese tiempo, las detenciones eran tan numerosas que el Destacamento no tenía preocupación por conservar a un secuestrado herido.

Por ejemplo, cuando fue capturada Liliana Gel, con una herida en una pierna, fue asesinada, asfixiada por inmersión en un tacho con agua.

Más tarde, los represores alterarían ese criterio y conservarían a los heridos, proporcionándoles asistencia médica. Y luego, seguían torturándolos, aunque con el cuidado preciso para no matar y poder seguir arrancando información día tras día. La tortura no concluía: ante cualquier intento de engaño, ante cualquier dato ocultado, se renovaba.

Esa combinación de cuidados-torturas también se verificaba con los prisioneros cuyo estado de salud había sufrido perjuicios. Era habitual que se proporcionaran vitaminas a algunos detenidos, o se procedía a la dotación de ropas o remedios.

Para algunos prisioneros liberados, esta dualidad tiene una explicación: la "lástima" y la "compasión" de los torturadores por los torturados es un método para la "redención" de sus culpas, sistema de expiación que ponen en práctica no obstante seguir torturando y matando sin piedad.

Paralelamente, en el transcurso del tiempo, comenzaron a verificarse entre prisioneros y torturadores una serie de relaciones personales. No eran generalizadas, pero sí numerosas. Esa trama de relaciones se basaba estrictamente en simpatías de los militares por algunos secuestrados que, de esta manera, dejaban de ser un número.

Por algún motivo ignoto, los militares entrecruzaban sus sentimientos de culpa, su paternalismo omnipotente y aún sus afinidades y adoptaban a varios prisioneros como "propiedad privada". Esta actitud determinaba, a veces, enfrentamientos entre ellos. Ese conjunto de relaciones distorsionadas, finalmente, combinadas con datos inexcusables de la realidad, habrían de pesar para determinar la vida y la muerte de varios prisioneros.

A los prisioneros que significan una fuente potencial de información para los interrogadores, se les ofrecía un "trato especial" para lograr que delataran compañeros por la calle —"marcar en lancheo", según la jerga del campo—. Este ofrecimiento iba acompañado de numerosas presiones, tanto por parte de los represores como de los prisioneros-colaborado-

res. En el primer caso, las argumentaciones se basaban en supuestos criterios morales: la necesidad de preservar el "orden natural", de acuerdo con la "doctrina social de la Iglesia Católica", en el "triunfo de la cristianidad" en una "guerra santa" contra la subversión.

En el caso de los colaboradores, las argumentaciones pretendían tener una espúrea perspectiva política: "es necesario —decían, según los dichos de los prisioneros liberados entrevistados— que caigan las direcciones de las organizaciones y evitar que haya que matar a gente de bajo nivel para llegar hasta ellos. Cuanto antes concluya todo, más vidas se preservarán".

Muchos prisioneros resistieron a esta presiones. Otros, no.

Era usual en La Perla sacar prisioneros a "marcar". El método dió resultados para los represores pero la mayoría de los prisioneros presentaron resistencias de algún tipo. Sólo un grupo reducido vendió su conciencia. Y esa colaboración produjo caídas en cadena. Algunos de ellos pidieron salir a "marcar".

Las salidas en "lancheo" se realizaban muchas veces incluyendo a dos prisioneros de la misma organización: la teoría era condicionar a uno con el comportamiento del otro. Si los conocimientos de ambos eran parejos, la vacilación de uno y la colaboración de otro implicaba poner en evidencia a quien no cedía.

Como muchos prisioneros vivían aterrorizados, por esta vía se obtuvieron datos y delaciones.

Pero también hubo muchos compañeros que resistieron sin ceder. Que dieron una muestra de coraje en el propio campo de concentración. Que denunciaron allí mismo y de viva voz sus crímenes.

INTENTO FALLIDO DE RESISTENCIA

Entre los prisioneros de La Perla hubo un intento organizado de resistencia. Fue encabezado por Graciela de los Milagros Doldán, una militante popular de larga trayectoria, compañera de Sabino Navarro, destacado dirigente y fundador de Montoneros, muerto en 1971.

Graciela tenía —según declararon algunos sobrevivientes— inteligencia política y experiencia militante.

Su comportamiento en La Perla fue ejemplar. Nunca le pudieron arrancar dato alguno. Ni en la tortura. Ella fue un puntal moral del intento de resistencia dentro del campo y un ejemplo vivo, desde su ingreso en mayo de 1976 hasta su traslado, diez meses después.

Durante el tiempo que duró su cautiverio en La Perla fue un sostén de todos los prisioneros y un freno objetivo a la quiebra y colaboración de quienes allí estaban. Ella exigía a todos una actitud activa y que acumularan información en forma permanente "porque aquí —decía— alguno va a sobrevivir y tendrá que informar la verdad sobre La Perla".

Su final fué tan honroso y digno como su comportamiento durante su prisión ilegal. Antes de ser trasladada pidió a una compañera que recogiera sus humildes efectos personales para evitar la rapiña militar y se despidió afectuosamente de todos.

Un oficial del Ejército al volver ese día a La Perla, visiblemente impresionado, narró que él había presidido la "ceremonia militar" de fusilamiento y que la "Gorda" Doldán había hecho derroche de entereza. Que había pedido morir sin vendas en sus ojos y que fumó un cigarrillo antes de ser asesinada. Su serenidad conmovió hasta a sus propios verdugos.

LA COLABORACION ORGANIZADA

A partir del 8 de junio de 1976, día en que son secuestrados, con escasas horas de diferencia, Pinchevsky y Remondegui, se inicia en La Perla un proceso peculiar, que no es inédito, de organización de la colaboración.

Desde antes existía en el campo la colaboración activa de algunos prisioneros: Dora Emma Zárate, Fermín de los Santos y Cecilia B. Suzzara. Ellos gozaban de un trato especial y acumulaban cierto "poder" ante los represores, como asesores y consultores sobre el nivel de tormento a emplear con cada prisionero, las alternativas posibles de los interrogatorios, las vinculaciones entre militantes —por organizaciones de pertenencia y ámbitos de funcionamiento— y, sobre todo, por su papel secundario pero influyente ante los oficiales del Ejército y sus determinaciones.

El ingreso de Pinchevsky a La Perla comenzó a perfilar el posterior desarrollo e integración de un equipo para tareas de contrainsurgencia dirigidas contra Montoneros y el Partido Comunista Argentino.

Pinchevsky llegó a La Perla colaborando. Su llegada produjo una sensación de irrealidad entre los prisionero. Sin venda, con una valija en la mano, sonriente, bien vestido, provisto

de cigarrillos y de diversos elementos de higiene personal. Al principio durmió en las oficinas. Nunca conoció la tortura. Pero a las 48 horas de permanecer en el campo, él repetía en voz alta, delante de otros prisioneros: "Siempre admiré a la oficialidad joven del Ejército".

Pinchevsky cayó en las formas más ruines de la colaboración y la delación. Con un poco de presión sobre él, los oficiales de Inteligencia obtenían todo. Se desesperaba por "marcar". Por ejemplo, cuando realizaba reconocimiento en el archivo fotográfico de La Perla, y no lograba identificar a nadie, repasaba una y otra vez el material mientras exclamaba, contrariado: "¡Cómo puede ser que no reconozca a nadie!".

Remondegui encontró pronto en Pinchevsky su modelo: con el tiempo la actitud de ambos fue confundiéndose. Ambos se complacían en destacar los operativos represivos realizados en base a sus declaraciones, las detenciones, los secuestros.

A veces, en su entusiasmo colaborador, Pinchevsky pedía salir a "lanchear": "Saquénme a marcar hoy —pedía— que tengo pálpito. Tengo un dedo magnético . . .".

Otras veces comentaba con repugnante placer como manipulaba cadáveres en la morgue, siendo estudiante de medicina. Acotando su macabro relato, un suboficial de La Perla le dijo: "Entonces, negro, a vos la vocación te viene de siempre. . .".

Pinchevsky fue particularmente eficaz en el aniquilamiento de la JUP, organización en la cual había sido dirigente en Córdoba hasta apenas semanas antes.

Pero si él fue un traidor repugnante, Gustavo Contepomi fue el verdadero jefe y cerebro del equipo de contrainsurgencia contra Montoneros y el Partido Comunista.

Este grupo de colaboradores organizados —cuya actividad continuará durante mucho tiempo con la integración de sus miembros al Destacamento como personal orgánico del Ejército— tuvo posteriormente un "refuerzo": una militante secuestrada en Mendoza, apodada "La Gorda" se allanó a colaborar activamente. Delató la dirección regional de Montoneros en La Plata y fue trasladada a esa ciudad para asesorar en la represión, junto con Pinchevsky y Remondegui.

Es evidente que la colaboración de éstos prisioneros fue fundamental para tornar más eficaz la represión. En la Plata delataron a unos 40 activistas y militantes y provocaron la muerte de otros tantos más.

Durante el tiempo que ellos permanecieron en esa ciudad, capital de la provincia de Buenos Aires, elaboraron además un manual de contrainsurgencia. Ella quedó en La Plata, trabajando en forma orgánica en la policía.

A su regreso a La Perla, Pinchevsky hacía ostentación ante los prisioneros de "su" campaña en La Plata. Según él, prácticamente los colaboradores habían dirigido a las fuerzas represivas.

Este denigrante camino de traición, sin ninguna duda, alcanzó su cúspide en noviembre de 1977, cuando el propio Pinchevsky asesinó a un responsable montonero, apodado "Kung-Fu", cuyo apellido era Aguirre. Contepomi y Remondegui participaron en el mismo procedimiento. A su regreso a La Perla los tres festejaron su "victoria" con una "fiesta" en la habitación donde vivían Dora Zárate y Cecilia Suzzara. El civil adscripto José López recibió a Pinchevsky con un abrazo mientras le decía: "Ya sos de los nuestros". Era verdad.

Contepomi, en general, fue más cauto y no hacía ostentación de su colaboración ni de sus privilegios.

Otro prisionero, que era empleado del Banco Social —aún lo sigue siendo— fue dejado en libertad con el propósito de infiltrarse en Montoneros. El plan era sencillo: hacer llegar a un dirigente de esa organización una carta con noticias de su esposa, secuestrada en La Perla. Por el mismo medio, atraerlo a una cita y capturarlo. Según se comprobaría después, en marzo de 1977 —cuando cayó la dirección regional de Montoneros en Córdoba— la carta fue cursada pero la trampa no funcionó.

En noviembre de 1977, cuando el secuestro de Carlos Pusseto, apodado "Julián", responsable de la UES - Córdoba (un mes después sería secuestrada su mujer, Mabel Lía Tejerina) el equipo de colaborador permanente lo incorporó. Pusseto tuvo una actitud muy débil y cedió. Es posible que hoy siga vinculado al Ejército.

A fines de 1976, Fermín de los Santos —que interrogaba y torturaba— pasó a Santa Fé, donde se integró en el destacamento local de Inteligencia como civil adscripto. Fue instalado en una casa con su mujer. Aprovechó para graduarse como médico y, finalmente, se radicó en Neuquén, siempre ligado a los servicios de represión. Durante 1977 visitó en varias oportunidades La Perla.

ASESINATO DE JOVENES

Unos sesenta jóvenes que fueron secuestrados en La Perla tenían edades que oscilaban entre los 16 y los 18 años. Eran activistas estudiantiles, delegados de colegios secundarios en su mayoría del Colegio Manuel Belgrano.

Muchos de ellos no tenían ni sombra de barba en sus rostros.

Todos ellos se caracterizan por su pureza, su ingenuidad, su solidaridad. Los prisioneros liberados recordaron en sus declaraciones con la CADHU algunos de sus apellidos: Liñeiro, Román, Montero, Manuel Huzinquer, Schmuckler.

Algunos de los secuestradores no se atrevían a decirles a los jovenes que serían fusilados. Otros, por el contrario, afirmaban que "había que matarlos de pichones pues a quienes tienen inquietudes sociales, es mejor no dejarlos crecer".

Había una pareja de novios a la cual el suboficial Herrera separó, destinando a cada uno a colchonetas lejanas entre sí, pese a los ruegos de los chicos. Herrera quería abusar de ella y tenía "celos" del novio de 15 años.

Los adolescentes estuvieron en La Perla entre julio y agosto de 1976.

Los fusilaron a todos.

REPRESION A SEMINARISTAS

En agosto de 1976 fueron secuestrados e interrogados un grupo de seminaristas. Precisamente, el interrogador era un suboficial retirado a quien apodaban "El Cura", por su forma pausada de hablar y porque gustaba parodiar a los sacerdotes.

Como los seminaristas —eran 5 o 6— estaban vendados, el suboficial intentó hacerse pasar ante ellos como un sacerdote auténtico, recriminándoles a los prisioneros "inmiscuirse en problemas sociales". También les decía que "gente como ustedes son la vergüenza de la Iglesia; ustedes son el anticristo, son subversivos".

Luego los interrogó sobre sus actividades. Los seminaristas vivían en barrios humildes, en contacto con los sectores populares, creando "comunidades cristianas barriales".

Las preguntas apuntaban hacia esos organismos y a las posibles vinculaciones con organizaciones políticas.

El interrogatorio, que constituía una humillación para los prisioneros, prosiguió entre advertencias del supuesto sacerdote y preguntas sobre actividad política.

Fueron trasladados a La Ribera y aparentemente, quedaron luego en libertad. Antes se les advirtió que si seguían trabajando en las "comunidades cristianas" la "próxima vez no saldrían vivos".

Estos seminaristas son seguramente los que fueron detenidos juntamente con el sacerdote de nacionalidad norteamericana James Weeks quien sin duda estuvo también sin saberlo en el campo de La Perla y quien prestó testimonio público sobre su secuestro ante el Subcomité de Relaciones Internacionales de la Cámara de Representantes de los EE.UU. (véase CADHU, "Argentina: Proceso al genocidio", Ediciones Querejeta, pág. 84 y siguientes).

ARIZA: GINEBRA ESTA DEMASIADO LEJOS

En agosto de 1976 fué secuestrado un dirigente de la Liga Comunista que en 1975 había viajado a Europa para asistir a una reunión de la IV Internacional. El prisionero se llamaba, o lo apodaban, Leopoldo. Su apellido era Ariza.

Fué torturado en las oficinas, por lo que desde la cuadra se escuchó perfectamente el interrogatorio.

Ariza enfatizaba continuamente sobre el valor de los derechos humanos, las convenciones internacionales existentes al respecto, la Carta de las Naciones Unidas, etc.. Estas argumentaciones provocaban la hilaridad de los militares: "Escucha, idiota —le respondían— este es el campo de concentración de La Perla. ¿Dónde te crees que estás? ¿En Ginebra? ¿En París?; Ginebra está demasiado lejos. . ."

Lo humillaban constantemente, para demostrar su poder, su desprecio por todo.

Constantemente se burlaban del prisionero: "Quédate tranquilo, Leopoldo —le decían—. En París están pidiendo por vos, la presión internacional es muy fuerte, así que parece que te vamos a tener que dejar salir. . ." Y otras veces: "Leopoldo, están armando tanto lío afuera que hasta Menéndez está preocupado. . ."

Ariza fué en un "traslado" colectivo. Antes lo hicieron vestir bien y le dijeron que tenía visa para salir con opción a Francia, que pronto conocería la efectividad de la solidaridad internacional. A las pocas horas Leopoldo fué fusilado.

MUERTE DE TEJADA

La muerte en un procedimiento represivo del sargento Tejada, a principios de septiembre de 1976, significó un aflojamiento de la represión en el interior de La Perla.

No implicó que la maquinaria de exterminio cesara en su funcionamiento criminal: seguía sin detenerse. Pero para los prisioneros la muerte de Tejada fué un alivio relativo.

Tejada se había especializado en contrainsurgencia en Panamá. Era un profesional. Audaz en los operativos, eficiente y cruel torturador. Se creía "invulnerable" y era un mito para sus compañeros. La capacidad individual de Tejada como interrogador era inigualable en La Perla. El personal de Inteligencia lo admiraba y lo envidiaba también, porque no permitía a nadie destacarse más que él. Gozaba de tanta autoridad como los oficiales.

Había decidido construir su futuro personal sobre una pila de cadáveres.

Su muerte significó una derrota moral para Inteligencia. El día que lo mataron se inmovilizó el campo de concentración.

Los prisioneros creían que habría muchos "traslados" como represalia. Sin embargo no ocurrió tal cosa. Fué sorprendente. Estaban asustados: había muerto su mito y, por tanto, ellos también podían morir.

Hubo cierta inactividad tras su muerte. Luego se retomó el ritmo, se reestructuró el funcionamiento —el suboficial Vega fué designado encargado interno— y se suprimió la organización anterior. Vega era un ignorante, chocó con la realidad de La Perla y aflojó la rígida disciplina interna.

Por esa época habían sido secuestrados Horacio Dottori, jefe del comando de operaciones del ERP en Córdoba y Liliana Callizo.

La moral de los represores comenzaba a resquebrajarse y por simpatías personales otorgaban algunas concesiones como intento de tranquilizar su conciencia.

ASESINATOS EN LA TORTURA

En las primeras semanas de noviembre de 1976 los prisioneros liberados que declararon ante la CADHU fueron testigos de dos hechos importantes. Por una delación, fué secuestrada una estudiante de medicina, María Luz de Roarte, militante de la JUP, compañera de Jorge Roarte, alias "John Williams", secuestrado en junio de 1976.

También fué apresado Fernández Samar, médico y dirigente montonero. María Luz vivia en una casa del barrio San Vicente con dos ex-militantes —la "Negrita", médica y su compañero, estudiante de ingeniería— que hasta 1974 habían sido dirigentes de la JUP y que luego se alejaron por problemas políticos. Ellos recibieron a María Luz en su casa por solidaridad. Pese a ello, se dispuso el secuestro de ambos. A primera vista, parecía un operativo sencillo: dos ex-militantes, ya alejados de la actividad.

No fué así: en la casa de San Vicente había armas y la "Negrita" y su compañero resistieron hasta morir. Para reducirlos fué necesario un largo asedio en cuyo transcurso los militares utilizaron disparos de "bazookas" que destruyeron gran parte de la casa. El comportamiento de ambos fué heróico.

María Luz fué muy torturada.

Tanto María Luz como Fernández Samar fueron torturados con aplicaciones de picana y palizas simultáneas.

Los prisioneros más antiguos sabían que ese tormento conduce inexorablemente a la muerte, y a una muerte horrible, pues mientras que los músculos se contraen por efecto del paso de la electricidad, se relajan como consecuencia del golpe con los palos. Al recibirse los dos estímulos opuestos al mismo tiempo, el cuerpo no resiste.

Semanas antes habían sido asesinados por este método dos prisioneros: Luis Honores, militante de Poder Obrero y un militante de la JUP de La Plata.

María Luz se encontraba razonablemente bien al día siguiente de haber sido torturada. Aparentemente, esa es la reacción normal. A los dos días, sin embargo, ya le costaba mucho esfuerzo caminar para ir a los baños y sufría dificultades para orinar.

A la medianoche del cuarto día comenzó a quejarse. La guardia —muy severa— impidió que los otros prisioneros la asistieran de inmediato. María Luz gritaba por el dolor. Por fin se autorizó su auxilio. Cada 20 minutos la hacían reposar sobre uno de sus flancos. Luego, cada 10 minutos; al rato, casi de contínuo.

A las 5 de la madrugada estaba totalmente transfigurada. Su cuerpo hinchado, deforme. Gritaba continuamente: "Sos una perejil, boluda". Y también: "Basta, Luis, Basta". Su torturador había sido el sargento ayudante Luis Manzanelli.

María Luz comenzó a delirar. Su cuerpo, en pocas horas, tuvo una transformación espantosa. Desvariaba, no sabía donde estaba.

Para distraerla, los otros prisioneros le decían que se hallaba cerca de un río, junto a su madre, que ya habían echado a los "hombres malos". Cuando recuperaba su lucidez, los insultaba por el engaño: "No me mientan", pedía. Tuvo una regresión total: creyó que con ella estaba su compañero —había muerto ya— y lo confundió con Dottori, otro prisionero que la auxiliaba. Dottori la besó varias veces, como si fuera el esposo, para calmarla.

María Luz seguía con su delirio: era una niñita y los prisioneros la acunaban y le cantaban canciones de cuna mientras ella se moría. Por momentos ella decía: "fuerza, valor, coraje" y repetía incesantemente esas palabras mientras la movían sus piernas. Su cuerpo tenía un olor pútrido por la infección de sus heridas. Su rostro se desfiguraba hasta convertirse en una masa hinchada de carne sufriente; su mente huía hacia la primera infancia para guarecerse de tanto dolor, mientras un coro de prisioneros cantaba un "arrorró".

A las 8 de la mañana, cuando llegaron los oficiales de Inteligencia, ordenaron sacarla de la cuadra. Dijeron que la internarían en el Hospital Militar. Era mentira. Lardone y Luján vinieron a buscarla. Justo entonces recuperó el conocimiento. María Luz se horrorizó: "Me mintieron, son los hombres, no dejen que me lleven. . ." gritaba. La sacaron de la cuadra; murió en las caballerizas, en medio de su delirio, de su horrible dolor, de su soledad.

A los pocos días todo se repitió con Fernández Samar. En sus momentos lúcidos tenía una extraña actitud: "los jodí, los jodí" , repetía mientras se retorcía de dolor. Más tarde los prisioneros sabrían que él no pertenecía al equipo de sanidad sino que era integrante de la dirección de Montoneros en Córdoba. Su valor personal había impedido que la investigación fuera dirigida contra sus vinculaciones partidarias. Murió sin colaborar.

LA IDEOLOGIA DE LOS REPRESORES

Durante su permanencia en La Perla, los prisioneros liberados entrevistados por la CADHU, pudieron conocer, con algún detalle y precisión, el pensamiento ideológico de los represores, a través de sucesivas conversaciones que mantuvieron con algunos de ellos.

El capitán Barreiro, según la valoración de los prisioneros liberados, es una muestra arquetípica de los represores, porque mostraba lucidez y conciencia clara sobre la naturaleza de su participación en las tareas genocidas.

El pensamiento de Barreiro era circular: su propia responsabilidad personal la transfería a los militantes populares y, fundamentalmente, a las direcciones de las organizaciones políticas, porque no cedían. Es decir, según él, la tortura era necesaria ante la resistencia de los militantes. Si los secuestrados no resistían, él no debía torturar.

También acusaba a esas mismas organizaciones de enrolar adolescentes en sus filas, lo que reputaba una cobardía, aunque "peligrosa —decía— porque son tan fanáticos que tenemos que defendernos".

"Todos los dirigentes de las organizaciones que caigan aquí —subrayaba Barreiro— serán exterminados. Ellos mandan al frente a los militantes de base, pero mientras se cuidan muy bien".

Barreiro respetaba a los prisioneros que tenían una actitud digna y despreciaba, contradictoriamente, a los principales colaboradores. "A ellos —decía— los usamos porque nos convienen. Y le vamos a dar la vida porque ya no sirven para nada. Con lo que ya hicieron no hacen falta que los matemos nosotros. Se van a pegar un tiro ellos sólos".

Era consciente que tenía que dejar La Perla y pasar a otras funciones en las tareas específicas de inteligencia para "preservar mi equilibrio mental".

Políticamente se definía como "peronista", pero ideológicamente se manifestaba como fascista. En relación al peronismo, subrayaba como fundamental en el proceso el papel de Perón y no el de los trabajadores, por quienes Barreiro evidenciaba un profundo desprecio. Ambicioso, concebía la necesidad de integración de una "élite de la inteligencia" que dirigiera a las masas populares, a las que reputaba incapaces de construir su propio destino.

Su odio de clase trascendía los propios límites de sus intereses inmediatos, pues lo llevaba a enfrentarse con los suboficiales subordinados, casi todos provenientes de familias humildes del interior argentino, de origen campesino, de tez morena. Aludía peyorativamente a ellos —y a la inmensa mayoría del pueblo argentino— como "los mersas", calificación clasista sobre los gustos y costumbres populares.

Era un agnóstico, pero tenía y expresaba su simpatía por el obispo francés Lefevre, integrista y representante del sector más reaccionario del catolicismo europeo. Solía burlarse del capitán González y de sus contínuas alusiones a la "guerra santa" contra la "subversión".

"La religión y la ética —decía Barreiro— son incompatibles con las tareas de inteligencia".

Era profundamente racista y antisemita, a tal grado de enajenación que "a priori" sentía simpatía por cualquier persona que tuviera los rasgos externos que pudieran ser considerados como típicos de la raza aria, esa metafísica categoría racial creada por el nazismo.

Barreiro era lector de las obras de Jordano Bruno Genta y José Antonio Primo de Rivera, entre otros autores derechistas.

El constituye un verdadero prototipo de la oficialidad del Ejército que participó en las tareas de represión de la militancia popular. Otros no tenían su ideología expresa, sino que eran simples mercenarios, interesados sólo en el poder y en el dinero proveniente del saqueo y de las influencias. Pero los "Barreiro" se apoyaban en esos mercenarios y en el aparato del Estado para cumplir su tarea genocida y escalar posiciones.

REPRESION CONTRA LA HUELGA DE LUZ Y FUERZA

Hacia mediados de 1976 fué asesinado el prisionero Patricio Calloway, alias "Barba", secuestrados en La Perla. Su cadáver acribillado a balazos fué presentado públicamente como resultado de un presunto enfrentamiento policial con un grupo de montoneros que distribuía volantes partidarios en apoyo a la huelga de los obreros de Luz y Fuerza (electricidad), medida de fuerza que había alcanzado resonancia nacional y que fué una de las primeras expresiones de resistencia obrera a la dictadura.

En el lugar también aparecieron los presuntos volantes montoneros, que eran apócrifos, ya que habían sido redactados e impresos en La Perla, por Contepomi, Pinchevsky y Remondegui.

Calloway fué secuestrado tras ser delatado por Contepomi. En la tortura le arrancaron su domicilio y personal operativo militar allanó su casa. Su esposa resistió y fué asesinada.

La presunta vinculación de Montoneros con el conflicto de Luz y Fuerza fué utilizada para reprimir a los huelguistas, y así fué secuestrado Tomás Di Toffino, que también ingresó a La Perla.

Di Toffino, sindicalista de dilatada y prestigiosa trayectoria, vinculado a la corriente sindical que dirigiera Agustín Tosco, importante líder obrero cordobés de influencia nacional, compartía al tiempo de su secuestro la responsabilidad, junto con otros compañeros, de la dirección de la huelga en Córdoba. Como no pertenecía a ninguna organización, su ingreso al campo de concentración fué registrado en la "lista de detenidos" que se confeccionaba diariamente y se cursaba al comando del III Cuerpo de Ejército, bajo un eufemismo: "izquierdista encubierto".

LOS SECUESTROS Y LOS TRASLADOS

Entre junio de 1976 y febrero de 1977 fué incesante el despliegue represivo, con su secuela de secuestros y traslados. La cuadra de La Perla se colmaba y volvía a quedar semivacía.

En los primeros tiempos los "traslados" de prisioneros eran masivos, de alrededor de 40 personas por vez. Luego, fué disminuyendo el número de "traslados" pero aumentando los viajes, hasta que se fijó en tres prisioneros por día, a un ritmo enloquecedor.

En este período, se registraron muchas capturas de militantes del PRT. Inclusive, un miembro de esa organización sospechado de ser un infiltrado policial. Paradójicamente, esa persona tuvo una moral admirable. Fué uno de los prisioneros que no colaboró de ninguna manera. Resistía constantemente y acusaba en forma permanente a los represores, que lo mataron a palos.

También fueron secuestrados una mujer que vivía en la misma casa que Liliana Callizo (fué dejada en libertad esa misma noche) y Levín, apodado "Colorado", marxista, hijo de judíos —razón principal de su captura— sin vinculación partidaria pero con historia política personal.

La inmensa mayoría de los prisioneros desconocía el verdadero destino del "traslado". Quizás este hecho fué el que coadyuvó en forma permanente en La Perla para que no hubiera ningún intento de fuga, o por lo menos de rebelión. Pero la ignorancia era combinada sabiamente con el terror.

En julio-agosto de 1976 se registraron dos libertades: una, la ya indicada, y otra, la de Chachi, ex-militante de la JUP que cuando fué detenida por la policía fué violada por 17 personas. En La Perla, además, la violó "Felipe", un prisionero-colaborador, que pese a su indignidad también fué trasladado.

También en esa época, en un procedimiento contra un militante de Poder Obrero, "Pedro", se produjo un tiroteo y murió su esposa. Pedro levantó el cadáver de su mujer y salió de la casa disparando, hasta que lo mataron. Los dos cuerpos quedaron abrazados en el suelo.

Intervinieron 50 efectivos del Ejército para reducirlos: medio centenar de soldados contra sólo dos personas.

En octubre de 1976, entre otros, fueron secuestrados un militante del PRT, apodado "Dr. Can" y su mujer. En el mismo procedimiento se procedió a "secuestrar" a un loro que tenía la pareja en la casa, animal que fué ingresado a La Perla (macabro sentido del humor) con el número 428.

También ingresó al campo, por esa fecha, Margarita Arese de Connochiari, alias "Maggi", militante montonera, esposa del dirigente Juan C. Connochiari, que moriría en marzo de 1977.

Margarita fué detenida en casa de sus padres, en Santa Fé, a partir de un trabajo de inteligencia realizado en el archivo de la Facultad de Ciencias de la Información y del registro civil donde se casó. Estuvo en La Perla sólo 15 días. Luego permaneció un tiempo en la cárcel y finalmente quedó en libertad, a fines de 1976.

También fueron secuestrados dos ex-militantes de la JUP de Derecho, uno de apellido Perchante, alias "Negro Común" y otro, de apellido Brizuela. Ambos tenían unos 28 años de edad. Brizuela estaba cumpliendo con el servicio militar obligatorio (pese a su edad, porque había prorrogado el plazo varias veces por ser estudiante) en la Policía Militar y había sido destinado a la cárcel. Comentó con Perchante que por Gendarmería se había enterado del funcionamiento de La Perla, la cosa trascendió, fueron detenidos, secuestrados y "trasladados".

También fué "trasladado", en el mismo tiempo, entre otros Manuel Huzinquer. El había reconocido en un baño un pantalón de su hermana Leticia, que había estado en La Perla (no sólo había sido torturada, sino que también fué vejada por el suboficial Herrera que, haciéndose pasar por médico, la sometió a manoseos repugnantes).

Manuel intuyó su final. Para informar a los otros compañeros sobre su destino, había convenido con ellos que si era llevado en camión diría a modo de saludo "hasta la victoria siempre". Y si iba en auto, "hasta la patria socialista". Su "traslado" se realizó en un horario inusual, a las 4 de la madrugada. Al despedirse, desde la puerta de la cuadra, dijo con voz firme: "Hasta la victoria siempre".

También a fines de octubre de 1976, la mujer de Contepomi pasó al Campo de La Ribera y allí, al Buen Pastor. Luego obtendría la libertad, previo pago de un rescate en dinero al capitán Vergés y otros oficiales.

En esa época fueron muertos durante un "lancheo", por delación de Remondegui, Leticia Jordán, alias "Pochi", madre de dos hijos, y otro compañero.

Ambos fueron secuestrados, introducidos en el baúl de un coche y, como tenían en su poder una pistola de calibre menor —no habían sido registrados— pretendieron abrir la tapa disparando para escapar. Fueron acribillados allí dentro. Luego sus cadáveres fueron presentados como muertos en un enfrentamiento.

En noviembre, trás 40 días en que no se realizaron "traslados" masivos en camión, tuvo lugar uno, muy numeroso. "Gringa", esposa de "Pedro" Aguilar o Aguilera, estaba muy preocupada preguntando qué iba a pasar al ser tantos prisioneros. Quería saber si sería construído "un nuevo edificio, porque ya no cabemos..."

Cuand trasladaron a "Gringa", María Cristina Demarchi, y a "Pedro", ellos llevaron sus cepillos de dientes y otros enseres personales. Se despidieron de los prisioneros y dejaron las figuras que habían confeccionado con migas de pan para el pesebre de Navidad. Estaban convencidos que iban a la cárcel.

En noviembre también se decidió el traslado a La Ribera de Susana Sastre, que luego quedaría en libertad. Es evidente que tomaron esa y otras decisiones porque preveían que para febrero de 1977 se adoptarían drásticas medidas.

LA NAVIDAD DE LOS "DESAPARECIDOS"

Al acercarse la fecha de celebración de la Navidad de 1976 el clima de la cuadra era especialmente tenso.

Por esas fechas, la actividad de los familiares de los "desaparecidos" tuvo repercusión en el Destacamento. Se tramitaron muchos pedidos de averiguación sobre personas secuestradas. Ingenuamente, se pensaba que la dictadura se conmovería por la fecha y daría alguna información.

Los pedidos eran confrontados con los registros de La Perla: el prisionero que tenía en su carpeta personal la clave "QTHF", es decir, "muerto fijo", tenía una respuesta oficial para su familia: "no se tiene noticias de su paradero ..." Así se cursaron cientos de respuestas.

El 22 o 23 de diciembre ocurrió un hecho escalofriante. Una muchacha de 22 años fué secuestrada durante un operativo de control en la estación de ferrocarril. Ella no era el obje-

tivo, sino su esposo, un militante del PRT del cuál sólo conocían su apodo, "Lole". Ni siquiera el nombre.

Fué secuestrada a las 6 de la tarde. Inmediatamente la llevaron a la sala de torturas y la sometieron a tormento.

No lograron sacarla de su silencio. No dijo ni su nombre, porque conceder eso hubiera dado alguna pista para que localizaran a su esposo.

Fué torturada varias horas ininterrumpidamente. Se turnaban para aplicarle la picana. Otra prisionera fué llevada varias veces ante ella, intentando utilizarla para que convenciera a la víctima de que delatara a su marido. Esa prisionera casi se desmaya al ver a la mujer de "Lole". Estaba casi sin conocimiento, deliraba, tenía el cuerpo completamente ensangrentado. Y la seguían torturando y gritándole, para romper su silencio.

Estaban enfurecidos por su resistencia, pero también porque "se estaba haciendo tarde para la cena ..." A las 10 de la noche, aproximadamente, dejaron de torturarla. Estaba moribunda, pero la abandonaron atada al elástico de la cama sobre el cual la flagelaban, apurados como estaban por "la cena".

Era la comida que se realizaba en el Destacamento, con asistencia de oficiales, suboficiales y civiles adscriptos, para "celebrar" la víspera de Navidad.

Esa noche, mientras ellos brindaban, esta joven se moría, desangrándose, en su inmensa soledad, en un cuarto oscuro, desnuda, lleno su cuerpo de llagas, atada de pies y manos.

Al día siguiente una prisionera que fué enviada allí a realizar la limpieza la encontró muerta, el cuerpo cubierto de moscas.

Fué tal su entereza que le arrebató a sus torturadores hasta su nombre: debieron registrarla con su número de orden y un lacónico "N.N. (nombre desconocido). La Navidad de los prisioneros fué triste. Tuvieron una comida algo mejor y pan dulce.

Di Toffino, en su fortaleza, intentó levantar la moral. Trataba de hacer reír, de alegrar, de distraer a los otros prisioneros.

Y para demostrar como "era mi generación" —él tendría unos 40 años— bailó un tango, al "estilo de la guardia vieja", como él mismo decía.

EL TRASLADO DE LOS PRISIONEROS "VETERANOS"

A partir de las fiestas de fin de año de 1976 se permitió a los prisioneros levantar sus vendas. Había en la cuadra cierto clima de liberalidad. Este descontrol relativo era resultado de los éxitos represivos que provocó una disminución del ritmo de los secuestros, así como de la tarea de inteligencia.

Cedió el rigor de la disciplina interna y se permitió a los prisioneros comunicarse entre sí, desplazarse por la cuadra —aunque con permiso de la guardia— y se iniciaron algunas actividades menores. Eran los primeros días de 1977.

Por ejemplo, con papeles y migas de pan, algunos prisioneros armaron precarios tableros de ajedrez y cada uno en su sitio, jugaban partidas notificando cada jugada con un sistema de señas inventado por ellos. Cuando se lo permitían, se reunían y jugaban.

Otros jugaban a las cartas. Todo esto mejoraba la comunicación entre los prisioneros, sobre todo porque el personal de Inteligencia no frecuentaba La Perla en esa época.

A pesar de todo, la maquinaria de represión no se detenía.

Los militares no adoptan habitualmente decisiones hacia fin de año porque concluye el año militar y se inician las vacaciones hasta febrero. Por tanto, los prisioneros comenzaron a pensar que para ese mes podría haber alguna decisión sobre los prisioneros que llamaban "veteranos", porque llevaban entre 9 y 10 meses secuestrados.

En esa época fué capturado Tognoli, apodado "Juan", dirigente montonero que fué sometido a una feroz paliza. Desde entonces, los castigos con palos se denominaron "juaneadas". También fué secuestrado Manuel Cisneros y un militante de la UES apodado "Oso" y un viejo militante villero peronista.

Un día de febrero de 1977 "trasladaron" a "Oso", al villero y a otro prisionero, después del almuerzo, a las 3,30 de la tarde. Hubo un problema de coordinación y los tuvieron a los tres vendados, maniatados y amordazados durante seis horas en el galpón. A la noche los reingresaron en la cuadra. Al día siguiente se los llevaron.

Los prisioneros estaban desconcertados porque los "traslados", habitualmente, eran masivos. Pensaban entonces que habría "ventilador" (en la jerga del campo, simulacro de un enfrentamiento para hacer aparecer públicamente cadáveres de prisioneros).

Al día siguiente se repitió el "traslado": otros tres prisioneros. Entonces tomaron conciencia. Los llevarían a todos, tres cada día.

Un civil adscripto de Inteligencia lo confirmó: el alto mando del Ejército había decidido hacer participar en los fusilamientos a todos los oficiales que aún no lo habían hecho. Si los "traslados" eran masivos, el número de prisioneros no era suficiente para todos los oficiales del III Cuerpo.

Ruffa, Alvárez y otro prisionero fueron trasladados un jueves, posiblemente el 16 o el 17 de febrero de 1977. Salieron con dignidad. Alvárez, desfilando, erguido.

Al día siguiente le tocó a Graciela Doldán.

El sábado después del traslado de Doldán el capitán Barreiro fué a La Perla. Le aseguró la vida sólo a Di Monte, Pussetto, Remondegui, Pinchevsky, Contepomi, Suzzara y Zárate.

Ese día era carnaval. A la noche, pese a todo los prisioneros jugaron al carnaval. Como en Navidad, o como cuando Boca Juniors ganó el campeonato metropolitano de fútbol, la vida se metió por La Perla, por alguna rendija descuidada, y transformó el campo de concentración en una fiesta efímera, instantánea.

Jugaron al carnaval histéricamente. La cuadra estaba llena de agua. Todos los prisioneros participaban. Hasta Tognoli, que aún seguía vendado, pedía que le tiraran agua.

El domingo fué un día tranquilo. Pero el lunes llevaron a otros tres prisioneros. Teresa Meschiatti de Molinete ya estaba preparada para su "traslado". Había recogido su colchoneta; había prendido a su camisa, por dentro, la foto de su hijo. Sin embargo no la llamaron.

Fué designada Rosa Avendaño de Gómez, quien, una vez en la oficina, mandó pedir la foto de sus hijos para despedirse y salió cantando "La Internacional".

Luego llamaron a María Graciela González, y, finalmente, a Di Toffino. Parodiando al personaje de una historieta popular, juntó sus dedos índice y pulgar y dijo: "Okey, Bonyi", broma que era habitual entre él y otros prisioneros.

Luego, por Lardone, los sobrevivientes entrevistados por la CADHU supieron que había intentado engañar a Di Toffino y al nombrarlo, le había explicado que iba a la cárcel. Pero Di Toffino, al pie del camión, le dijo a Lardone: "Casi me había creído que no iba al pozo, macho. Me engañaste muy bien..."

Este fué el último traslado de los "veteranos". A partir de allí quedaron dos grupos: los prisioneros antiguos que habían sobrevivido a febrero y a quienes se integró en trabajos secundarios, fueron ubicados en un lateral de la cuadra, y los nuevos secuestrados en el otro, vendados, con la rigidez habitual en La Perla. La decantación se había producido.

El día que fusilaron a Di Toffino, el general Menéndez, comandante del III Cuerpo de Ejército, visitó La Perla. Seguramente dirigió o por lo menos presenció su ejecución.

Antes del "traslado", Menéndez inspeccionó La Perla y se reunió en las oficinas con varios prisioneros.

ASIGNACION DE TAREAS Y LA POSIBILIDAD DE VIVIR

En marzo de 1977 el Capitán Acosta fué designado Jefe de la OP 3 (La Perla) y el Capitán Barreiro, a su vez, quedó al frente de la Sección 1ª. (Política).

El Capitán Acosta imprimió al funcionamiento del campo de concentración un ritmo diferente. Todos los prisioneros que quedaban hasta entonces en La Perla fueron incorporados a distintas tareas: los principales colaboradores a labores de contrainsurgencia; otros a trabajos técnicos y otros, finalmente, a tareas de oficina o de limpieza.

Los colaboradores más activos y comprometidos integraban lo que en la jerga del campo se denominaba "grupo blanco", formado por aquellos que ya habían sido seleccionados como "sobrevivientes" y que mantenían por distintos medios —teléfonos, visitas, correspondencia— contactos directos con sus familiares: otros prisioneros integraban al llamado grupo "gris", formado por aquellos cuya sobrevivencia aún no había sido confirmada: y, finalmente, existía el grupo "negro", integrado por quienes no sobrevivirían y serían exterminados.

Algunos colaboradores del grupo "blanco" vivían dentro del campo en habitaciones que habían sido ocupadas con anterioridad por los oficiales de la Gendarmería Nacional; las oficinas fueron pintadas y se instalaron en ellas escritorios, armarios y demás muebles adecuados y, en general, el resto de las dependencias fueron aseadas, adquiriendo todo la apariencia de un establecimiento militar común u ordinario.

En esta época la represión era aún muy extendida y continuaban por cierto los secuestros; sin embargo, el nivel de tortura había disminuído, más que nada, porque los nuevos prisioneros llegaban ya en gran medida vencidos y porque la presencia de los colaboradores en los interrogatorios quebraba más facilmente su resistencia a suministrar información.

La represión, que fué salvaje y total en 1976, continuó en 1977, aunque con matices algo diferentes.

La "liberalidad" del Capitán Acosta, luego imitada por otros oficiales, permitió que el número de los sobrevivientes aumentara. Jugaron aquí factores muy diversos, desde simpatía por algún prisionero hasta vínculos más estrechos de orden sentimental, pasando por la arbitrariedad de ciertos oficiales, que así como habían enviado a la muerte a cientos de prisioneros, ahora, como forma de autojustificación por su participación en la masacre y aún como demostración de su poder, dispensaban la vida a otros. La competencia había sido antes para demostrar qué oficial era el más "duro"; ahora la disputa se daba para otorgar mayor

cantidad de "concesiones" a determinados prisioneros y adoptar actitudes presuntamente generosas. Los oficiales seguían siendo dueños de su vida y muerte, pero si algún prisionero, cualquiera fuera la razón, "caía en gracia", tenía una posibilidad de salvar la vida. La máquina genocida no había dejado de funcionar, pero la arbitrariedad, el desgaste y deterioro, aún psíquico de los oficiales, al par que la convicción cada vez más confirmada de la victoria militar sobre la "guerrilla", fueron dejando abiertos algunos intersticios que hicieron posible que algunos prisioneros salvaran su vida.

MUERTE POR DEMORA

En julio de 1977 fué secuestrada una mujer de unos 50 años de edad, rubia, muy menuda, de origen humilde, empleada en una tienda de Córdoba, llamada "Rosemarie", o en un negocio ubicado al lado del nombrado.

Era una persona sin militancia política. Fué secuestrada porque era amiga de un activista, para extraerle datos que permitieran capturar al militante. Inmediatamente después, sería dejada en libertad.

Pero la interrogaron y la dejaron en la cuadra. Inteligencia fué postergando la liberación y esta mujer pasó así un mes en La Perla. Simplemente, demorada.

Se cambió la resolución: decidieron "trasladarla". Sabía demasiado para dejarla viva.

MAS SECUESTROS Y NUEVOS TRASLADOS

En marzo de 1977 fué detectada y exterminada la dirección regional de "Montoneros" en Córdoba. Remondegui delató en el bar "Los Cubanitos", de Villa Cabrera, a un integrante de la dirección, que pese a todo, logró huir. Este activista se dirigió de inmediato a la casa donde funcionaba la dirección, que estaba reunida. Al perseguirlo, se localizó el objetivo.

Se realizó entonces un operativo "legal", en el cual intervinieron los generales Menéndez y Centeno. El propio Menéndez intercambió opiniones con los vecinos del barrio que presenciaban los desplazamientos militares.

Hubo resistencia. Tomás Molinete, alias "Miguel", responsable de la dirección regional, Juan Carlos Connochiari, alias "Nelson" o "Coco", y una mujer, apodada "La Condesa", murieron en el transcurso del enfrentamiento. En el allanamiento posterior, se encontró la carta fraguada en La Perla dirigida a "Nelson", con el propósito de infiltrar al grupo.

Simultáneamente, se iniciaron una serie de traslados de prisioneros entre distintos campos. Procedentes de Buenos Aires llegó a La Perla Mirta Susana Iriondo, apodada "Norma". En Abril, Manuel Cisneros fué llevado a La Plata, donde había militado, pese a haber nacido en Río IV, Córdoba. Cisneros fué reintegrado posteriormente a La Perla y fusilado. Tognoli a Santa Fé, por su conocimiento. Luego, en una fugaz visita a La Perla, antes de volver a su nuevo destino, daría detalles sobre el "chupadero" de esa ciudad.

En mayo, también desde Buenos Aires, llegó a La Perla Antonio García Cañada, del PRT, secuestrado en aquella ciudad. LLegó acompañado del Capitán Vergés, y negoció la libertad de su esposa y la suya a cambio de la delación de sus contactos partidarios en Córdoba. Aparentemente, el pacto con Inteligencia se cumplió, pues su mujer se asiló en la embajada de México y él "huyó" en Buenos Aires, mientras era llevado en un operativo. A partir de sus delaciones, se produjo en Córdoba la detención de un importante grupo de activistas del PRT, entre ellos, la "Negrita" Santucho, sobrina del dirigente máximo de esa organización, ya fallecido.

A principios de julio le comunicaron a Juan Carlos Perucca que sería trasladado a Santa Fé. Fué hasta el aereopuerto y regresó otra vez a la Perla; según le explicaron, no había avión disponible para realizar el traslado. Aparentemente, esto podría significar que tendría alguna chance de sobrevivir. No fué así. Cuando Cisneros regresó de La Plata, fueron fusilados los dos.

En el primer trimestre de 1977 el Capitán Acosta había ordenado que las prisioneras intervinieran en algunos operativos, sobre todo relevamientos. En cuanto a los varones, dispuso que en algunas oportunidades fueran armados. El Capitán Barreiro y otros oficiales criticaron estas decisiones. Si bien esas armas no fueron generalmente utilizadas para reprimir —a excepción de Pinchevsky, Remondegui y Contepomi, nadie las usó en ese sentido— tampoco fueron usadas para intentar huir. Luego, desde junio, se incluyó a las mujeres en esos operativos, como cobertura.

Para la misma época comenzaron a llevar a los prisioneros al Hospital Militar, para recibir asistencia médica. El estado general de salud era malo.

En el Hospital ordenaban registrarse con nombres falsos, pero todos utilizaron el propio.